

La prolongada dictadura del general Porfirio Díaz, quien había llegado a la Presidencia de la República enarbolando el principio de la No Reección, que violó después sistemáticamente, para reelegirse por varios períodos recurriendo a la corrupción y el terror, fué una de las causas de la revolución ya que el estancamiento del régimen dictatorial no dejó otra salida al pueblo. Y así estalló la Revolución que se preparaba desde antes de 1910, año en que como hemos dicho, fué encabezada por don Francisco I. Madero; pues en 1906, el Partido Liberal Mexicano había iniciado ya un movimiento revolucionario con un programa político social, del que los más esenciales postulados figuran en la Constitución de 1917, entre ellos los relativos a tierras y a capital y trabajo.

El régimen de la Dictadura mantenía a las clases populares en la incultura y el analfabetismo y, consiguientemente, en vasallaje económico para las clases privilegiadas, nacionales y extranjeras. Y aquí es donde se ve claro que la necesidad de la cultura de las masas, con la consecuente transformación económica del país, es lo que ha constituido nuestro problema fundamental.

Por otra parte, la crítica que coopera al progreso sufría deplorables inhibiciones, siendo substituída por la inmoral adulación. Las concesiones leoninas absorbían la savia nacional produciendo la miseria del pueblo que trabajaba en las condiciones más desventajasas.

Eran tiempos aquellos en que el terror sellaba los labios y el pueblo se debatía bajo las iniquidades sociales de una camarilla

de palaciegos y de un ejército pretoriano. La revolución se vino gestando a causa de las injusticias de todo género.

“Derribar a aquel régimen —dice Angel Alanís Fuentes—, no sólo era una necesidad y un deber, sino un acto del más alto, más noble y más puro patriotismo. Mucho había realizado nuestro pueblo, con su sangre y sus sacrificios, librándonos, mediante las revoluciones de Independencia, del yugo político español. Más había avanzado, cuando con la guerra de Reforma nos libró del yugo de la iglesia política, católica y romana. Empero, la obra del pueblo alcanzó su culminación en la primera década de este siglo, cuando en el año de 1910, desató el torbellino enfurecido de sus fuerzas ocultas que arrasando el viejo aparato de la tiranía tuxtepecana, hizo de nuestra última lucha una revolución social orientada sabia y patrióticamente, hacia la destrucción de las fuerzas imperialistas exóticas que nos ahogaban sepultando las prendas valiosas de nuestra nacionalidad”.

“Con la Constitución de 1917, el pueblo mexicano, se ha dado una nueva bandera. En esa bandera, con su sudor, con su sangre y con sus lágrimas, las castas inferiores, renacidas en las clases explotadas, han forjado una doctrina. Esa doctrina es de principios, que al mismo tiempo constituyen programas y tareas, como que en ellos juega nuestro propio destino. Mientras la Constitución de 1917 no se había promulgado, muchos fueron los núcleos de ciudadanos que pugnaron por crear partidos políticos logrando solamente forjar agrupaciones electorales de carácter transitorio. Tal suerte corrieron el “Partido Liberal Puro”, de Camilo Arriaga, de Antonio I. Villarreal, de Juan Sarabia y de Díaz Soto y Gama, (no el de ahora). El Partido Liberal Mexicano de los Flores Magón, Librado Rivera y otros. El Partido Democrático de don Benito Juárez Maza, hijo del Benemérito; Manuel Calero, Peón del Valle, Jesús Urueta, Diódoro Batalla y otros. El Partido Nacionalista Democrático de Bordes Mangel, Cosío Robelo, etc., y el Partido Antirreeleccionista formado por don Emilio Vázquez Gómez, don Francisco I. Madero, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Palavicini, José Vasconcelos y Luis Cabrera. Todos se preocupaban por la cuestión apremiante que era la de demoler la vie-

ja dictadura y aunque si bien en sus programas sugerían reformas sociales, éstas no arrancaban de las raíces profundas de nuestras necesidades, ni lograban conmover al pueblo en lo más hondo de sus fuerzas enervadas. Hombres de buena voluntad, pero programas desconectados de las profundas energías sociales; tal era el espectáculo real que presentaba la actividad de los partidos políticos de entonces.

“Fué necesaria una conmoción nacional: el asesinato del Presidente Madero, para que el pueblo se diera cuenta de que la solución de sus grandes problemas, no estaba inscrita, ni en los programas de aquellos partidos efímeros, ni mucho menos en el Tratado de Ciudad Juárez, mediante el cual la Revolución entregó al viejo régimen, anticipadamente, el trofeo de su victoria; pues mientras que aquellas aspiraciones auténticas de la nación no llegaran a cristalizar en normas jurídicas en la LEY SUPREMA del país, el pueblo carecía de garantías y seguridades para salvaguardar el fruto sagrado de sus esfuerzos arrancado mediante el rifle, la dinamita y la bravura de los descendientes de aquellas generaciones que durante cuatrocientos años habían soportado la catapulta de un régimen de privilegio y de injusticia”.

* * *

Como se trata de aportar datos para la Historia de la Revolución, justo es decir que desde 1901, el Congreso Liberal efectuado en San Luis Potosí, al que concurrieron delegados de distintas partes del país, adoptó resoluciones encaminadas a despertar la conciencia de las masas para que intervinieran más activamente en la vida política y social del país. Ya desde entonces se sometieron al estudio de los clubes liberales que se habían formado en las entidades federativas, resoluciones sobre dotación de ejidos y restitución de tierras. Los primeros trabajos de una organización revolucionaria se comenzaron en 1910 en San Luis Potosí, con un Manifiesto de un grupo de liberales encabezados por el ingeniero Camilo Arriaga, exhortando a los liberales de todo el país a unirse y organizarse para hacer cumplir las leyes sistemáticamente violadas por las autoridades de la Dictadura.

Tanto el Centro Director de los Clubes Liberales de la República, que tenía su asiento en la ciudad de San Luis Potosí, como

después el Partido Liberal Mexicano que presidió Ricardo Flores Magón, como más tarde el Partido Nacional Antirreeleccionista tenían por objeto formar agrupaciones integradas, en su mayoría, por elementos que no se hubieran corrompido en los medios políticos y envilecedores de la Dictadura que hacía a la nación víctima de cacicazgos regionales.

Se asegura que el actual gobernador de Coahuila, autor del proyecto para que se escriba la Historia de la Revolución Mexicana, opina que es preciso aprovechar el testimonio de los hombres que hicieron la Revolución, "para dejar en una obra tan vasta como sea necesario, el verdadero sentido social de aquel movimiento y los procesos en que se desenvuelve hasta los presentes días". Nosotros hemos afirmado que sin la aportación testimonial de los precursores supervivientes y de los que actuaron en las respectivas etapas revolucionarias, no se podrá llegar al conocimiento de las "raigambres y el desenvolvimiento sociales" de la Revolución.